

CAPÍTULO XXVIII

Instrucción. Sistema métrico. Nuevo calendario. Tentativas antirreligiosas



n medio de todas esas luchas, los revolucionarios no perdían de vista la gran cuestión de la instrucción pública, tratando de fundarla sobre bases igualitarias. En este sentido se realizó un trabajo inmenso, según

se desprende de los documentos del Comité de instrucción pública, recientemente publicados (1). Se leyó en la Convención el admirable dictamen de Michel Lepeletier sobre la instrucción, hallado después de su muerte, y la Convención adoptó una serie de medidas para la instrucción en tres grados: las escuelas primarias, las escuelas centrales y las escuelas especiales.

⁽¹⁾ Procès-verbaux du Comité d'instruction publique de l'Asemblée Legislative y Procès-verbaux du Comité d'instruction tublique de la Convention Nationale, publicados con anotaciones y prefacios por James Guillaume, Paris, 7 volúmenes, 1889-1907.

El más bello monumento intelectual de la época revolucionaria fué el sistema métrico. Este sistema hacía algo más importante que introducir en las subdivisiones de las medidas lineales, de superficie, de volumen y de peso, el sistema decimal, base de nuestra numeración — lo que ya era mucho para simplificar la enseñanza de las matemáticas y desarrollar el espíritu matemático —; daba además la medida fundamental, el metro, una longitud que podría rehacerse siempre con mucha aproximación, según las dimensiones de la tierra, lo que abría nuevos horizontes al pensamiento. Además, estableciendo relaciones sencillas entre las unidades de longitud, de superficie, de volumen y de peso, el sistema métrico, generalizándose, preparó la grande y genial victoria de las ciencias en el siglo XIX, la afirmación de la unidad de las fuerzas físicas y de la unidad de la Naturaleza.

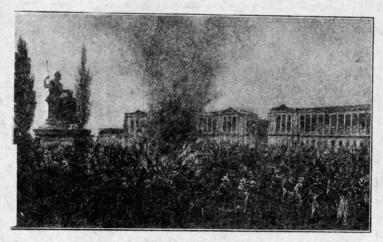
El nuevo calendario republicano fué su consecuencia necesaria, que fué adoptado mediante los dictámenes de Romme, leídos en 20 de septiembre y en 5 de octubre, y otro de Fabre d'Eglantine, leído en 24 de noviembre de 1793 (1), e inauguraba en la cuenta de los años una nueva era, que comenzaba por la proclamación de la República en Francia, el 22 de septiembre 1792, coincidiendo con el equinoccio de otoño, y abandonaba la semana cristiana. Desaparecía el domingo, el día festivo era el decadi (2).

Ese acuerdo de la Convención, que suprimfa el calendario cristiano, animó naturalmente a los que veían en la Iglesia cristiana y en sus servidores el más sólido apoyo de la servidombre. La experien-

⁽¹⁾ El año republicano se dividía en doce meses de treinta días cada uno, cuyos nombres fueron propuestos por Fabre d'Eglantine: Vendimiario, Brumario y Frimario para el otoño, del 22 de septiembre al 20 de diciembre; Nivoso, Pluvioso y Ventoso para el invierno, del 21 de diciembre al 20 de marzo; Germinal, Floreal y Pradial para la primavera, del 21 de marzo al 18 de junio, y Mesidor, Termidor y Fructidor para el verano, del 19 de junio al 16 de septiembre. Cinco días complementarios, dedicados al pueblo, llamados sans-culottides, los 17, 18, 19, 20 y 21 de septiembre, terminaban el año. Cada mes se dividía en tres décadas, y los días se denominaban primidi, duodi, tridi, etc.; el décimo día, el decadi, era festivo.

⁽²⁾ La idea de restablecer la concepción astronómica en el nuevo calendario era excelente (la de colocar los cinco días suplementarios al fin del año no lo era tanto), y los nombres de los meses fueron admirablemente escogidos; mas, aparte de todas las prevenciones que surgieron contra ese calendario porque glorificaba la Revolución, es probable que la idea de reemplazar la semana de siete días (la cuarta parte del mes lunar) por un período de diez días, demasiado largo para nuestras costumbres, fué y será un obstáculo a su aceptación.

cia realizada con el clero juramentado había demostrado la imposibilidad de ganar el clero a la causa del progreso. Como consecuencia surgió la idea de suprimir el presupuesto de los cultos y dejar a los creyentes el cuidado de sostener por sí mismos los ministros de sus cultos. Cambón la presentó a la Convención en noviembre de 1792; pero por tres veces la Convención acordó sostener la Iglesia nacional, sometida al Estado, persiguiendo a los curas refractarios.



FIESTA DE LA UNIDAD

Inauguración de la estatua de la Libertad; destrucción de los emblemas de la monarquía en la plaza de la Revolución el 10 de agosto de 1793

Contra éstos se hicieron leyes muy severas: la deportación para los no juramentados, y desde el 18 de marzo de 1793, la muerte para los comprometidos en las perturbaciones ocurridas por el reclutamiento o que, habiéndose acordado su deportación, fueran sorprendidos en el territorio de la República. En 21 de octubre de 1793 se decretaron leyes todavía más expeditivas, aplicándose la deportación a los curas juramentados que fueran acusados de incivismo por seis ciudadanos de su cantón, por haberse adquirido la convicción de que los jurados solían ser tan peligrosos como los no-jurados o papistas.

Las primeras tentativas de «descristianización» se hicieron en

Abbeville y en Nevers (1). El convencional Fouché, que se hallaba en misión en Nevers, y que obraba de acuerdo y quizá bajo la influencia de Chaumette, a quien halló en aquella ciudad, declaró en 26 de septiembre de 1793 la guerra «a los cultos supersticiosos e hipócritas», para reemplazarles por «el de la república y la moral natural» (2). Algunos días después de la aceptación del nuevo calendario (el 10 de octubre), mandó que las ceremonias de los cultos no se ejercieran más que en el interior de los templos respectivos; todas «las insignias religiosas que se hallan en los caminos», etc., serían destruídas, los sacerdotes no usarían vestiduras sacerdotales fuera de los templos, y, por último, los entierros se harían sin ceremonia religiosa en campos plantados de árboles, «a cuya sombra se elevaría una estatua representando el Sueño. Todos los demás signos serían destruídos», y «sobre la puerta de aquel campo cercado, consagrado por religioso respeto a los manes de los muertos, esta inscripción: La muerte es un sueño eterno». También explicaba el sentido de esos decretos a la población por discursos materialistas.

Al mismo tiempo, Laignelot, otro convencional en misión, transformaba en Rochefort la iglesia parroquial en *Templo de la Verdad*, donde ocho curas católicos y un ministro protestante se presentaron a «desacerdotizarse» el 31 de octubre de 1793.

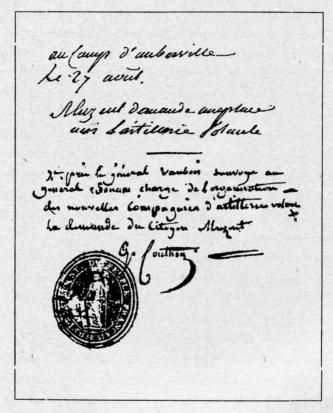
El 14 de octubre, bajo la influencia de Chaumette, se prohibió en París el ejercicio exterior del culto, y el 16 se adoptó en principio por el Ayuntamiento el decreto de Fouché sobre los entierros.

Es evidente que ese movimiento no fué una sorpresa y que fué preparado por la misma Revolución y sus predecesores. Excitada después por los actos de la Convención, la provincia se lanzó a la «descristianización». Por la iniciativa de la villa Ris-Orangis, renunció al cristianismo toda la región de Corbeil, y sus diputados fueron bien acogidos en la Convención cuando se presentaron a declararlo el 30 de

⁽¹⁾ En toda esta exposición sigo la excelente monografía del profesor Aulard, Le culte de la Raison et le culte de l'Etre Suprème, 2.ª edit., París, 1904. También se halla un resumen de esta obra en su Histoire politique, 2.ª edit., pags. 469 y siguientes.

⁽²⁾ También decretó que *todo ministro del culto o sacerdote pensionado por la nación sería obligado a casarse, o a adoptar un niño, o a mantener un anciano indigente, so pena de ser destituído de sus funciones y pensiones *. Aulard, Culte de la Raison, p. 27).

octubre. Seis días después se presentaron a la Convención unos delegados del municipio de Mennecy, revestidos de ornamentos sacerdotales. También recibieron buena acogida, y la Convención reconoció « el derecho que tienen todos los ciudadanos para adoptar el culto que



FACSÍMIL DE UN AUTÓGRAFO DE COUTHON

les convenga y suprimir las ceremonias que les desagraden». Una diputación del departamento de Sena y Oise, pidiendo que al obispo de Versalles, muerto recientemente, no se le diera sucesor, fué también recibida con mención honorífica.

De ese modo la Convención excitaba el movimiento contra el cristianismo, no sólo por la acogida que dispensaba a la descristianización, sino también por el destino que daba a los despojos de las

iglesias, incluso el relicario de Santa Genoveva, que trasladó a la Moneda (1).

Entonces, probablemente aprovechando esa actitud del gobierno, Anacharsis Cloots y Chaumette dieron todavía un paso adelante.

Cloots, barón prusiano, que abrazó con entusiasmo la Revolución y que predicaba con vehemencia y sentimiento la Internacional de los pueblos, y el procurador del Ayuntamiento, Chaumette, aquel verdadero representante del obrero parisiense, inclinaron al obispo de París, Gobel, a abandonar sus funciones eclesiásticas. Habiendo recibido la aprobación del consejo episcopal, y después de haber anunciado su dimisión al Departamento y al Municipio, Gobel se presentó, con pompa ceremoniosa el 17 brumario (7 noviembre 1793), a la Convención, acompañado de once de sus vicarios y seguido del alcalde Pache, del procurador Chaumette y de dos miembros del Departamento Momoro y Lullier, a despojarse de sus atributos y de sus títulos.

En aquel acto se expresó en dignísimo lenguaje. Adicto siempre «a los principios eternos de la igualdad, de la moral, bases necesarias de toda constitución republicana», obedecía a la voz del pueblo y renunciaba a ejercer «las funciones de ministro del culto católico». Y despojándose de su cruz y de su anillo, se cubrió con el gorro frigio que le presentó uno de sus acompañantes.

Un entusiasmo, sólo comparable al de la noche del 4 de agosto, se apoderó en aquel momento de la Asamblea: otros dos obispos, Thomas Lindet y Gay-Vernon, lo mismo que otros diputados eclesiásticos, se precipitaron a la tribuna para seguir el ejemplo de Gobel. El presbítero Gregoire no quiso unirse a ellos; Sieyes declaró que hacía ya muchos años que se despojó de su carácter de eclesiástico, que sólo profesaba el culto de la libertad y de la igualdad, y que ansiaba el triunfo de la razón sobre la superstición y el fanatismo.

El efecto de aquella escena de la Convención fué formidable. Se supo en toda Francia, en todas las naciones, y en todo el mundo estalló el odio de las clases gobernantes contra la República.

El movimiento se extendió rápidamente a las provincias. En

⁽¹⁾ Se recordará que la Asamblea Constituyente tomó también acuerdos semejantes.

pocos días varios obispos y gran número de curas abandonaron sus títulos, y esas abdicaciones solían producir escenas conmovedoras. Emociona, en efecto, la descripción siguiente de la abdicación de los curas en Bourges, tomada de un folleto local de la época (r).

Después de mencionar un cura, J. Baptiste Patin, y Julien-de-Dieu, benedictino, que acababan de despojarse de sus atributos eclesiás-



EL JARDÍN NACIONAL (TULLERÍAS) EN LA FIESTA DEL SER SUPREMO DECADI 20 PRAIRIAL, AÑO II DE LA REPÚBLICA

ticos, continúa el autor: «Privat, Brisson, Patrou, Rouen y Champion, ex-vicarios metropolitanos, se presentaron; Eupic et Calende, Dumantier, Veyroton, ex-benedictinos; Ranchon y Collardot, les siguieron; el ex-canónigo Desormaux y Dubois, encorvados bajo el peso de los años, les siguen a pasos lentos, y Lefranc exclama: «Quememos nuestras cartas sacerdotales, y que el recuerdo de nuestro estado anterior

⁽¹⁾ Extraits du registre de la Société populaire de Bourges, séance du quintidi 25 brumaire de l'an deuxième de la République trançaise, une et indivisible (15 noviembre 1793). Folletos del British Museum, F. 16 (7).

desaparezca en las llamas que las consuman. Deposito ante el altar de la patria esta medalla de plata que representa el último tirano a quien la ambición interesada del clero llamaba cristianísimo.» Se



ANACHARSIS CLOOTS

quemaron todos los diplomas de los curas en una hoguera, y mil gritos se elevan en los aires: «¡Perezca para siempre la memoria de los curas!¡Acábese de una vez la superstición cristiana!¡Viva la religión sublime de la Naturaleza!» Viene después la enumeración de los dones patrióticos, que resulta conmovedora. En ella abundan los dones de ropa y de hebillas de zapatos en plata. Los patriotas y los «hermanos» son pobres y dan lo que tienen.

En general, el sentimiento anticatólico, en que se confundía una «religión de la Naturaleza» con el entusiasmo patriótico, parece haber sido mucho más profundo que lo que hubiera podido suponerse sin haber consultado los documentos de la época. La Revolución hacía pensar y daba audacia al pensamiento.

Entretanto, en París, el Departamento y el Ayuntamiento acordaron organizar y celebrar el decadi siguiente, 20 brumario (10 noviembre), en Nuestra Señora, una Fiesta de la Libertad y de la Razón, durante la cual se cantarían himnos patrióticos ante la estatua de

la Libertad. Cloots, Momoro, Hebert y Chaumette hicieron activa propaganda en las sociedades populares, y la fiesta logró gran éxito. Tan conocida es esa fiesta, por haber sido tan referida y detallada, que prescindimos de su descripción; observando, no obstante, que se prefirió un ser viviente a una estatua para representar la Libertad, por-



FACSÍMIL,
DEL BILLETE DE ENTRADA A LA
FIESTA DEL SER SUPREMO

que «una estatua, decía Chaumette, hubiera sido un regreso a la idolatría». Conforme manifiesta Michelet (lib. XIV, c. III), los fundadores del nuevo culto recomendaban «la elección, para desem-

peñar función tan augusta, personas cuyo carácter haga respetable la belleza, cuya severidad de costumbres y de miradas rechace la licencia». Lejos de ser una ceremonia alegre y burlesca, la fiesta resultó por el contrario «ceremonia casta, triste, seca, aburrida», dice Michelet, quien, como es sabido, era muy simpático a la descristianización



PIEZA DE ESTAÑO CONMEMORATIVA DE LA FIESTA DEL SER SUPREMO,

CON ESTA INSCRIPCIÓN:

« El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la Inmortalidad del alma. »

de 1793. Pero la Revolución, dice, «había envejecido ya y estaba demasiado cansada para procrear». El ensayo de 1793 no salía del seno ardiente de la Revolución, «sino de las escuelas razonadoras de los tiempos de la Enciclopedia». En efecto, tenía indudable semejanza con el movimiento moderno de las Sociedades éticas (Ethical societies), que permanecen también fuera de las masas populares.

Lo que principalmente admira hoy es que la Convención, a pesar de las peticiones que llegaban de diversas procedencias, se negase a abordar la gran cuestión: la abolición del sueldo de los curas. En cambio, el Municipio de París y las secciones practicaron francamente la descristianización. En cada sección se consagró a lo menos una



COPA DE PORCELANA, CONMEMORATIVA DE LA FIESTA DEL SER SUPREMO

iglesia al culto de la Razón. El Consejo general del Municipio se arriesgó a precipitar los acontecimientos, y, respondiendo al discurso religioso de Robespierre, del 1.º frimario (que se inserta después), acordó, en 3 frimario (23 de noviembre), bajo la influencia de Chaumette, cerrar inmediatamente en París todas las iglesias o templos de todas las religiones: hizo individualmente responsables a los curas de las perturbaciones religiosas; invitó a los comités revolucionarios a vigilar a los clérigos, y decidió pedir a la Convención que excluyera a os sacerdotes de toda specie de función pública. Se establecía al mismo tiempo un «curso de moral» para preparar a

los predicadores del nuevo culto; se decidía el derribo de todos los campanarios, y en diversas secciones se organizaban fiestas de la Razón en las cuales se escarnecía el culto católico. Una sección quemó los misales, y Hebert quemó reliquias en el Ayuntamiento.

En provincias, dice M. Aulard, casi todas las ciudades, sobre todo en el Sud-Oeste, pareció que adoptaban el nuevo culto racionalista.

Sin embargo, el gobierno, es decir, el Comité de Salud pública hizo desde un principio una oposición sorda a ese movimiento. Robespierre se opuso a él francamente, y cuando Cloots se le presentó hablándole con entusiasmo de la abdicación de Gobel, le manifestó bruscamente su hostilidad, preguntándole qué pensarían los belgas. cuva unión con Francia pretendía Cloots.

Robespierre, no obstante, permaneció callado durante algunos días; pero el 20 de 1 oviembre volvió Danton a París, después de una larga estancia en Arcis-sur-Aube, donde se había retirado con su joven esposa, con quien se casó en la iglesia inmediatamente después de la muerte de su



COPA DE PORCELANA, CONMEMORATIVA DE LA FIESTA DEL SER SUPREMO

primera mujer. Y al día siguiente, 1.º frimario (21 de noviembre), Robespierre pronunció en el club de los Jacobinos un primero y violentísimo discurso contra el culto de la Razón. La Convención, dijo, no cometerá la temeridad de proscribir el culto católico. Conservará la libertad de cultos y no permitirá que se persiga a los ministros pacíficos del culto. Después indicó que la idea de un «Ser Supremo que vela sobre la inocencia oprimida y que castiga el crimen» era muy popular, y trató a los descristianizadores de traidores, de agentes de los enemigos de Francia, que quisieran rechazar los extranjeros que la moral y el interés común atraerían hacia la República.

Cinco días después Danton habló casi en el mismo sentido en la Convención, atacando las mascaradas antirreligiosas y pidiendo que se les pusiera un límite.

¿Qué ocurrió durante esos pocos días para aproximar de ese modo Robespierre y Danton? ¿Qué nuevas combinaciones, diplomáticas o de otro género, se ofrecían en aquel momento, que atrajeron a Danton a París y le incitaron a oponerse al movimiento descristianizador, siendo un verdadero discípulo de Diderot, que no dejó de afirmar su ateísmo materialista hasta el mismo pie del cadalso? Esa táctica de Danton es tanto más extraña cuanto que durante la primera mitad del mes frimario no cesó la Convención de acoger con simpatía los descristianizadores (I). El 14 frimario (4 diciembre), el robespierrista Couthon presentó todavía, burlándose, reliquias a la tribuna de la Convención.

Surge la duda de que Robespierre aprovechase algún nuevo aspecto de las negociaciones con Inglaterra, para influir sobre Danton y dar libre expansión a sus ideas sobre la religión, siempre simpática a aquel deísta, discípulo de Rousseau.

Hacia la mitad del mes, Robespierre, fuerte con el apoyo de Danton, se decidió a obrar, y el 16 frimario (6 diciembre) el Comité de Salud pública pidió a la Convención un decreto sobre la libertad de los cultos, cuyo primer artículo « prohibía toda violencia y medidas contrarias a la libertad de los cultos». Esta disposición se inspiraba en el temor de una insurrección de los campesinos, porque el cierre de iglesias fué siempre mal recibido en los campos (2). Pero desde aquel día

⁽I) Aulard, Histoire politique, p. 475.

⁽²⁾ Varias cartas de los representantes en misión hablan de este asunto. La mayor parte, como las de Dartygoeyte, Lefiot, Pflieger, Garnier, son, sin embargo, posteriores al decreto. (Actas del Comité de Salud pública, publicadas por Aulard, t. IX, págs, 385, 759, 780).

resultó triunfante el catolicismo. Se convertía en religión del Estado, bajo la protección del gobierno robespierrista (1).

Después, en la primavera, se fué más lejos: se trató de oponer al culto de la Razón, un nuevo culto, el del Ser Supremo, concebido



CH. G. ROMME

según el Vicario saboyano de Rousseau. No obstante, ese culto, a pesar del apoyo del gobierno y la amenaza de la guillotina para sus adversarios, se confundía con el culto de la Razón, aunque se le llamara culto del Ser Supremo, y bajo ese nombre continuó extendiéndose

⁽I) Como varios representantes en misión habían tomado medidas muy rigurosas contra el culto católico, la Convención añadía a aquel decreto un párrafo para decir que no entendía desaprobar lo que se había hecho hasta el día por sus representantes.

un culto mitad deísta y mitad racionalista, hasta el triunfo de la reacción termidoriana.

En cuanto a la fiesta del Ser Supremo, celebrada en París con gran pompa el 20 pradial (8 junio 1794), y a la cual atribuyó Robespierre gran importancia, presentándose como fundador de una religión de Estado que combatía el ateísmo, fué bella, según parece, como representación teatral popular, pero no halló eco en los sentimientos del pueblo. Celebrada por la voluntad del Comité de Salud pública — después que Chaumette y Gobel, simpáticos a la masa del pueblo, fueron guillotinados por sus opiniones irreligiosas, — aquella fiesta demostraba demasiado claramente el triunfo sangriento del gobierno jacobino sobre los elementos avanzados del pueblo y del Ayuntamiento, para ser simpática al pueblo. Además, por la actitud abiertamente hostil de varios convencionales hacia Robespierre durante la misma fiesta, fué el preludio del 9 termidor — el preludio final.

Pero no anticipemos los acontecimientos.

